

Capítulo XXXVI.

Zegriés y abencerrajes.

EPISODIO.

Elegido Boabdil rey de Granada por los de su bando, quiso inaugurar su segundo reinado con fiestas y zambras.

Jamás se celebraron en esta ciudad las diversiones que entonces.

No pasaba día sin que se corriesen cañas en la plaza de Bib-Rambla, en las que lucian sus esbeltos y airosos talles los apuestos moros de los diversos y nobles linajes de que se componia su córte.

Tambien en el palacio real de la Alhambra, en el de los *Alijares*, labrado por Muley-Hacen con todo el lujo de que es susceptible el orgullo asiático, y en el recreo de Generalife, sucedíanse con frecuencia las zambras, sin que hasta entonces el más leve motivo

hubiese turbado la fraternidad que reinaba entre los Alhamares, Abencerrajes, Gomeles, Mazas, Azarques, Gazules, Alabeces, Venegas y Zegriés, que eran los linajes más esclarecidos de Granada.

Corría el año de 1491.

Boabdil, á quien llamaban el Rey Chico, habia dispuesto una brillante fiesta para celebrar el restablecimiento de las heridas que el maestre de Calatrava, don Rodrigo Tellez Giron, hiciera á su hermano Muza, hijo bastardo del rey Hacen, en singular combate á que le retara pocos dias antes en la Vega.

Hallábase la flor de la nobleza de Granada reunida en el palacio de la Alhambra.

Allí se veia á la reina Moraima, esposa de Boabdil, rodeada de sus damas, Fátima, Daraja, Galiana, hija del alcaide de Almería, y gran número de esclavas, haciendo todas gala de su hermosura y riquezas.

Conservaban entre sí los musulmanes, excepto Muza, que arrimado á un ajimez, entreteníase en hacer un ramillete de las delicadas y aromáticas flores que habia cogido en los jardines del palacio, fija su vista en Daraja, á quien amaba con delirio.

Y sin embargo, no era correspondido.

El Abencerraje Abenamar gozaba de los favores de la linda doncella, por cuya causa le aborrecia Muza.

Ordenó el rey que comenzase la danza, y al son de chirimías, y dulzainas ejecutaron las damas y musulmanes un gracioso baile, en que tomaron parte casi todos los caballeros.

Concluido aquel, y apenas Daraja tomó asiento cerca de la reina, cuando se presentó un pajecillo, y ofreciéndola un bonito ramo de flores:

—Hermosa Daraja,—la dijo,—mi señor Muza me envia para que os entregue este ramo, y os ruega que os digneis aceptarlo, porque con él os envia su corazón:

Turbóse la sarracena al oír aquellas palabras, é indecisa en su resolución, miró á la reina, quien habiendo escuchado el pajecillo, le indicó con la cabeza que lo tomara.

Obedeció Daraja, y tomó de las manos del paje el lindo ramillete.

Ufano de su triunfo Muza, que desde lejos habia presenciado esta escena, acercóse á los otros moros y solicitó se volviera á empezar la danza.

No tardó en oírse una grata armonía, y todos se dispusieron de nuevo al baile.

Dirigióse Muza á sacar á la que amaba.

Ya era tarde.

Se le habia adelantado Abenamar, que celoso por haber admitido el ramo su amada, deseaba una ocasion en que manifestarla sus quejas.

—No creyera,—la dijo despechado,—que una mora bien nacida admitiese finezas de otro que de su amante.

—¿Crees acaso que obré impulsada por mi corazón? ¿Qué ingrato eres al juzgarme así!

—¿Pues quién te impidió rehusar?

—La reina me ordenó aceptarle.

—Necesito una prueba que me convenza.

—¿Está en mi mano?

—Sí.

—Habla.

—Entrégame ahora mismo ese ramillete.

—Tómalo.

Y al decir esto alargó el ramo al abencerraje.

Pero apenas estuvo en su poder, cuando una robusta mano lo arrancó con furia de las de Abenamar.

Era Muza que habia presenciado aquella escena.

—¡Vil caballero! ¡Musulman desdichado! ¿Cómo te atreves á tomar un ramo que mis propias manos se han entretenido en tejer, y que yo mismo he dedicado á Daraja? ¡Miserable! Desde ahora te declaro cobarde é infame, como á toda la raza á que perteneces.

—¡Muza!—exclamó pálido de rábía el abencerraje.—¡No por que corra en tus venas sangre real has de tener derecho para insultar á un caballero ni á su noble linaje! ¡Sabe que el más débil de ellos, si es que puede haber alguno, no sufrirá los denuestos de ningún moro, ni aún del mismo rey, porque además de que siempre han sobresalido en valor y pujanza, es la tribu más noble de toda la corte!

—¡Miente quien tal diga!—interrumpió un zegrí.—Gusanos inmundos son los abencerrajes para nosotros. Nuestra tribu es la más noble de todas, pues descende de los reyes de Córdoba.

—Sí, sí,—exclamaron á un tiempo algunos zegríes

que allí estaban, atraídos por las voces de los contendientes.

—¡Vive Alá!—exclamó con descompasado acento Malique Alavez, moro de gran nombradía, abriéndose paso en el grupo formado al rededor de Muza y Abenamar.—¡Vive Alá, que á estos zegríes les hace falta una mordaza para que no pregonen su decantado linaje á cada paso, aturdiéndonos los oídos con su fiereza y alcurnia! Si descenden de los reyes de Córdoba, nosotros venimos de los de Marruecos y Fez, y del gran Miramolin; y así, punto en boca, caballeros, que mejor está callar ante quien no pueden hacer alarde ni de alcurnia ni de valor.

—¡Qué me place!—contestó encendido de coraje el zegrí.—No deseaba sino este momento para dar una lección á esos abencerrajes presuntuosos.

Y al pronunciar estas palabras, puso mano á su alfanje.

—¡Por Mahoma, que gastan humos esos falderillos! Pero sabe, zegrí, que los abencerrajes siempre han lidiado con iguales fuerzas, y que yo, Malique Alabez, en nombre de toda la tribu, siguiendo su costumbre, no me batiré con vosotros; porque todos los que componeis el linaje zegrí sois poco para mí. Pero id con cuidado, de aquí adelante, porque si no es fácil que sucumbáis, pisados cual reptiles, bajo las plantas de los abencerrajes.

—¡Mueran los abencerrajes!

—¡Mueran los zegríes!

Estas voces fueron acompañadas de movimientos hostiles por ambos partidos.

Algunos alfanjes habian salido de las vainas, y era de esperar un sangriento resultado, cuando el rey Chico hizo cesar el tumulto con una destemplada voz.

—¡Silencio, lenguas atrevidas! ¡Silencio! digo, que yo castigaré, cual se merece, tamaño desacato á mi persona. Guardias de palacio, venga un verdugo al instante, que juro por el Islam cortar la cabeza del que dé una sola voz, y clavarla, cual despojo de ave de rapiña, en la *Torre de la Justicia*.

Despues añadió:

Musulmanes, os declaro á todos prisioneros; deponed las armas. Este sitio os señalo por cárcel, mientras se os conduce á la torre que determine.

Todos entregaron sus alfanjes á los guardias del rey, y permanecieron silenciosos.

Pero no así sus corazones, que ardian en deseos de vengarse.

La reina y las damas, asustadas, marcharon á sus aposentos.

Boabdil, despechado salió á respirar las auras de su bosques.

Tal fué el primer disturbio entre las tribus granadinas, que dió origen á tantas desgracias como se siguieron, y á la pérdida del reino.

Dos meses despues de ocurrir estos sucesos, los zegríes que prendió el rey en su palacio fueron puestos en libertad, y los ódios parecian apagados.

Muza habia salido con los abencerrajes á hacer algunas guerrillas con los cristianos de la Vega, y en una hermosa tarde, próximo el sol á su ocaso, se hallaba Boabdil en los *Alijares*, gustando las delicias de la pereza, recostado voluptuosamente en ricos cogines de Persia.

Espesos globos de humo salian pausadamente del tubo de una larga pipa de oro con boquilla de ambar, que de cuando en cuando llevaba negligentemente á su boca.

—Alá conserve tus dias, poderoso rey,—dijo un moro que entró en la sala seguido de otros, inclinándose ante Boabdil.—El zegrí Mahomad desea tener una conferencia contigo, y pide se la concedas.

—Acércate, buen Mahomad,—contestó el rey, dirigiéndose al anunciado.—¿Qué tienes que decirme? ¿Te debo alguna reparacion? ¿Has sufrido desman de algun súbdito mio?

—¡Plugueria al cielo que eso fuese, señor! Alá me es testigo de que si con mi sangre pudiese conjurar la tempestad que amenaza su trono, y con mi honor lavar el tuyo de la mancha que le han arrojado, no me verias en este sitio con el corazon oprimido por las odiosas y vergonzosas nuevas que mi lábio vá á expresarte.

Incorporóse Bobdil al oír el tono sentencioso y las ambiguas palabras del zegrí.

—¡Por el Profeta! que me has llenado de confusiones,—dijo, mirando fijemente á Mahomad.—Expon desde luego el objeto de tu venida.

—Acabo de saber que los abencerrajes, encontrados contra tí por los sucesos de la última fiesta, tratan en secreto, aliados con los gomeles y alabeces, de derribarte del trono, quitándote la vida.

—¡Por Alá! que la nueva no es muy grata,—contestó el rey con majestad;—pero si mal no recuerdo, creo que no es esto sólo cuanto tenias que manifestarme. Dí lo restante.

—Es una materia muy grave, señor; y como el corazon humano está siempre dispuesto á juzgar mal, y pudiera tomarse este acto de adhesion y lealtad por un sentimiento de envidia y de rencor, no saldrá una palabra más de mi boca mientras no se hallen presente el gomel Mahandon y mis sobrinos Mahomad y Alhamut, que están enterados del suceso.

—Admirame tanta ceremonia; mas puesto que es necesario, como dices, sea.

Y llamando á un esclavo, dió orden Boabdil para que inmediatamente compareciesen los nombrados por el zegrí.

No tardaron estos en presentarse, y mandando el rey que nadie más entrase:

—Ya estás satisfecho,—continuó, dirigiéndose á Mahomad;—abrevia tu explicacion.

—De púrpura se tiñe mi rostro sólo al pensar en ello, y únicamente mi cariño á tí...

—Zegrí, te advierto que no quiero digresiones.

—Señor, la reina es adúltera...

Palideció Boabdil al escuchar estas palabras, quedándose como anonadado.

Pero reponiéndose instantáneamente, interrumpió al acusador, diciéndole irritado:

—¡Mientes, villano, mientes! Pruébame la verdad de esa acusación ó ¡ay de tí!

—No temo tus arrebatos,—prosiguió con impasibilidad el zegrí,—pues cumplo con mi conciencia. Y cuando me he determinado á dar este repugnante paso, seguro estaré de cuanto digo.

Sabe, señor, que el último día de zambra en Generalife, paseándome por la tarde con este caballero gomel por sus jardines, vimos debajo del ciprés más alto del *patio de las fuentes*... ¡el alma se resiste á expresarlo!... á la reina tu esposa, en amoroso deleite con el abencerraje Aben Hamet; y tan embebidos estaban en sus caricias, que no sintieron nuestros pasos. Ella decía...

—Basta,—exclamó temblando de despecho el infeliz rey,—la prueba, la prueba de eso que has dicho.

—Señor, yo lo he visto,—respondió el gomel adelantándose,—y aquella misma tarde lo referimos en secreto á los sobrinos del zegrí. ¿Es cierto?

—Sí,—contestaron á un tiempo los tres moros.

Nada replicó Boabdil.

La rabia le hacia rechinar los dientes, y mesándose con furor los cabellos:

—¡Taidores!—exclamó al fin con entrecortada voz.—¡Por mi fé de musulman juro á Dios que han de morir á mis manos uno por uno esos viles abencerrajes, y he de chupar la sangre de los adúlteros

que así roban mi honor! Vamos, vamos á la ciudad, quiero sangre... Me ahogo de coraje... y necesito oír la voz de la venganza.

—Señor,—exclamó el zegrí,—si me fuera permitido hacerte presente...

—¡Qué! ¿Aún falta alguna otra infausta noticia?

—Considera que si te dejas llevar de ese ímpetu natural, te expones á perder el trono y quizás la vida. La reina tiene muchos partidarios, y el mismo Muley Hacen, tu padre, te perseguiría de muerte si cometieses un atentado contra Moraima. Además, los abencerrajes se pondrían en guardia uniéndose á los descontentos, y quedaria ilusoria tu venganza, pues serias nulo é impotente.

—Tienes razón, buen zegrí; tus palabras mitigan mi arrebato. Pero en ese caso.

—¿Cuánto mejor sería,—continuó Mahomad, sin hacer caso de la interrupción del monarca,—que yo acusara públicamente á la reina, y que, según las leyes, se le concediera, antes de ser quemada como pérfida adúltera, que buscara cuatro campeones dispuestos á sostener su inocencia? De este modo cumplirías para con el mundo, y se realizaba tu venganza. Moraima sería quemada. ¿Qué recursos tiene para buscar campeones? ¿Y quién había de aceptar? Si por acaso el destino los hubiera, aquí estamos mis sobrinos y yo dispuestos á mantener lo dicho, y que no somos tan despreciables lanzas.

—¡Ah! Gracias, Mahomad; eres un buen musul-

man. Pero ¿y los abencerrajes? Y ese Aben-Hamet, ¿no ha de llevar su merecido?

—Para todo hay recurso, señor. Mañana mandas con gran sigilo á todos los abencerrajes y ese Aben-Hamet que se presenten uno á uno en palacio. Tienes un salon preparado con gente armada y un verdugo, y segun vayan entrando, que caigan sus cabezas al golpe del cuchillo. Pocos te se podrán escapar, pues hoy ha vuelto Muza con todos los que le acompañaron.

Al dia siguiente fué acusada públicamente la reina de adulterio, dándole un término de quince dias para que buscase campeones, debiendo morir quemada si no los encontraba, ó si vencian los mantenedores de aquella acusacion.

Tambien aquel mismo dia quitaron la vida en una sala del *Patio de los Leones* á treinta y seis abencerrajes, y entre ellos á Aben-Hamet, no siguiendo esta carniceria por haber descubierto la traicion el paje de uno, quien comunicándola á Malique Alabez, corrió la voz de unos en otros, pudiendo libertarse los demás.

Capitulo XXXVIII.

Continuacion del anterior.

En un reducido espacio de la *Torre de Comares* estaba la reina Moraima, presa por orden del rey, rodeada de su dama Zelima y de su doncella cristiana Esperanza de Hita, que á fuerza de consejos y perseverancia habia logrado convencerla de lo falso de su religion, y que deseara convertirse á la católica.

Preciso es confesar que contribuyó mucho tambien la desgraciada situacion en que la colocara el miserable é impetuoso carácter de Boabdil.

Muy agitada parecia hallarse Moraima en aquel momento.

Iba de una parte á otra de la estancia, se acercaba al único ajimez abierto que tenia el aposento, mi-